



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 26 DE JUNIO DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Las horas y los días

EL APLAUSO DE LA TARDE
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Al entrar al casino, recibimos el soplo del cielo eléctrico, a través de los aparatos del aire acondicionado. Afuera del palacio de alfombras, más allá de los muros y a cuarenta y cuatro grados centígrados, el infierno ardía con su abismo sobre todo lo que encontraba parado sobre la calle: peatones, autos, árboles que se secaban junto a las banquetas. El sonido proveniente de las trompetas de los músicos callejeros parecía alarido de demonio o de alguno de sus dragones, y el metal de los instrumentos parecía que se convertiría en plástico arrugado. Aún faltaban dos horas para que la sombra infernal de la noche emergiera desde debajo de la tierra para subir y tapan el sol de Nuevo Laredo. En el auto viejo de mi tío Tony, color azul carcomido por el calor, de ventanas que subían y bajaban con manivelas, nos habíamos dirigido de la central de autobuses, donde me había recogido, al casino que quería que conociera con todo y sus maquinillas. Nos estacionamos en un amplio asfalto humeante, bajo la mísera sombra de un árbol muerto de hambre y sed. A mí no me excitaba la cosquilleante adrenalina del juego, sino que me parecía un desperdicio de recursos para comprar algo útil: latas frías de cerveza, que sí anhelaba tomar en casa de mi tío desde hacía al menos dos años. “Nada más una probadita”, me dijo el tío Tony, y compramos cien pesos para cada uno, convertidos en monedas de un metal que parecía extraído de minas de cemento de un mundo artificial y verdadero. “Yo he ganado hasta medio millón de pesos en este lugar”, me dijo orgulloso.

Caminé detrás de él y cuando cruzamos el umbral y estuvimos dentro del salón, tuvimos de frente al ejército hambriento, formando filas y filas, columnas que solo la violencia de una bomba podría deshacer. Él sabía por dónde caminar. Nos metimos al tercer pasillo. Tomó asiento en uno de los banquetas y aunque no me lo pidió, yo me acomodé frente a una caja de juego junto a él. Dio de tragar una moneda y yo hice lo mismo frente a mi robot. Lo vi apretar un botón y lo seguí. Los recuadros digitales que daban la ilusión de girar, de pronto se detenían para dejar ver figuras infantiles de frutas. No era necesario conocer el mecanismo para ganar. Eso lo determinaba la máquina. Giraba, mostraba el resultado y vomitaba o no vomitaba más monedas. Otra vez: alimentar al soldado de juego por la rendija y hacer “push” en el botón. De otra manera, el mundo de la ilusión no giraba. Yo me movía despacio, sin la práctica de mi tío. Él entrenaba en ruletas de internet desde la computadora de su casa, trabajando las matemáticas de ingenieros y sus probabilidades, para luego ir a enfrentar en combate real a las máquinas del casino. “Estas no están pagando, Charly, vamos a otras”, me dijo luego de cinco intentos



suyos. Yo apenas entablaba una relación de diálogo con mi aparatoje.

No nos movimos de fila. Dimos unos pasos y cambiamos de acera. Los nuevos aparatos tragamonedas tenían: no cinco, sino tres pantallitas de figuras. Moneda, rendija y botón. Nada. Moneda, rendija y botón. Nada. Quise apresurar el paso. Iba agarrando la confianza y perdiendo la esperanza. Pero había luz al final del camino. Mientras más rápido terminara con los cien pesos, más pronto nos iríamos a la terraza del hogar de mi tío, y beberíamos las prometidas cervezas.

De pronto, la máquina le regresó diez metalitos a mi tío Tony. “Estas sí están pagando, Charly”, me dijo entusiasmado. Y volvió a darle de tragar una moneda por la rendija. Mi mundo se desmoronó. Las cervezas se retrasaban. Moneda, rendija y botón. Nada. Moneda, rendija y botón. Torreta de luces y música para saltar. Me pegaron un susto. “Le diste algo, Charly”, me dijo el tío Tony. La máquina comenzó a escupir monedas como si yo tuviera una carretilla para recogerlas.

Mi tío me ayudaba. “Cada una de esas vale cien pesos; velas contando”. Uno de los uniformados, humano del lugar, trajo un recipiente de plástico. Ahí las fuimos echando. “Yo creo que las cervezas nos van a salir gratis”, le dije a mi tío. “Y la carne asada”, respondió él, carcajeando. Sesenta monedas en total. “¿Cómo ves, le seguimos, Charly?”, me preguntó mi tío, asiduo jugador. No le costó trabajo condescender conmigo cuando vio mi rostro dibujando la tristeza. “Vámonos por las cervezas, tío, yo las invito”. Y salimos del lugar para recibir, no el bochorno, sino el caluroso aplauso de la tarde.

LA SONRISA DE LA MAÑANA
OLGA DE LEÓN G.

No me limites mundo, que ahora mi

corazón y mi mente son uno. Y quieren volcar su ser en torrente de palabras. Qué importa si tú no me entiendes, me basta con que yo entienda. He de sacar las palabras, que dentro de mí se ahogan... y, me matan: así, voy muriendo un poco cada noche y renazco por la mañana.

Soy poeta por esencia. Y, narradora por lujuria de hacer con la prosa poemas y baladas... y una que otra melodía que se lleva el viento hasta los confines del cielo.

Aunque, tú, ¿no me entiendas! Qué importa, mundo... si yo me entiendo, y sé lo que sé y lo que quiero llegar a ser... cuando amanezca otra vez.

Cuando dormir es un lujo y conciliar el sueño, un acto de magia... la vida se nos puede ir como humo entre los dedos. Por eso, siento que la mía se va sin que pueda detenerla ni convencerla de que dormir no importa, más relevante que dormir, son los sueños, sean fraguados en la vigilia o en lo profundo de la mente suspendida entre la realidad y la fantasía. Lucubraba tales ideas mientras el auto se deslizaba sobre la carretera. Ese camino ya lo había recorrido mucho, tiempo atrás. No llevaba más distracción que su mirada puesta al frente y en la campaña que parecía seguir al auto: siempre la misma, sembrados cuadrados, algunos montones de paja o hierba recortada y reunida para luego levantarla de allí.

La compañía no le hacía falta: pensamiento, recuerdos, imaginación y frases que se le atravesaban sin pedir permiso, poniéndosele enfrente sobre el cristal del auto, eran sus hermanos, siempre que salía de viaje. Manejaba muy tranquilamente, con poca compañía por fuera: casi no transitaban autos por ese rumbo.

Tres horas continuas de manejo, y por fin llegó a un poblado, no estaba segura de que fuera el que buscaba, pero nece-

sitaba cargar gasolina y revisar el aire de las llantas... también comer algo y tomar un café bien negro sin azúcar para acabar de despertarse. Tras resolver lo básico: ir al baño para mojarse el rostro y verse en un espejo, pues quería saber si seguía siendo ella, la misma de hacía unas horas. Al parecer lo era, salvo por los párpados que se veían algo hinchados. Había manejado llorando casi todo el camino. Y cuando no lloraba, rezaba.

- Oiga, señora, sabe usted en dónde vive don Sabas.

- La mujer apenas si la vio y se echó a correr.

- Volvió al tendajo-depósito en donde había comprado un refresco, su café negro y... Preguntó por don Sabas al que atendía la caja. El hombre mayor la miró fulminándola con sus ojos cafés redondos, nada dijo, solo le indicó la salida.

- ¿Qué sucedía?, ¿nadie quería darle información!: o al tal Don Sabas nadie lo quería, era el apestado del pueblo o, ¿sería un demonio?

- “Es que quien habla con él enferma gravemente o muere a los pocos días”, le dijo una viejita, sentada en una mecedora al otro lado de la entrada a la tienda.

Pero, la mujer que llegó al pueblo preguntando por el chamán que le recomendaron desde su ciudad, para que la ayudara a salir de sus problemas, no bien escucha a la ancianita: recapacita en que esa viejita, la mecedora y el porche no estaban allí cuando ella entró a la tienda-depósito.

Decidió no volver el rostro y siguió caminando hacia su auto. Ahora, salió a su encuentro una niña que con una sonrisa le señaló cuál era la casa de don Sabas, por toda razón y sin que ella le preguntara, la niña dijo, señalando con su índice de la mano derecha: en esa casa de ladrillos rojos vive el viejo brujo.

Dejó, de paso por su auto, el resto de lo que compró para el camino. Y se dirigió a la casa de ladrillos, la única en lo que alrededor se divisaba de casas.

-Ave María... entonó al estar frente a la puerta entreabierta de la casa.

-Sin pecado concebida. - Le contestó una voz femenina desde la penumbra de la casa.

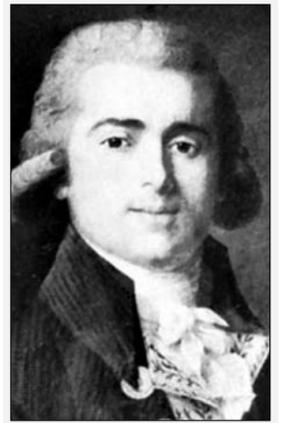
-Busco a don Sabas, - dijo la recién llegada.

-Pase usted, mi niña, la está esperando desde hace varios años.

-Mariana, que así se llamaba la mujer de la ciudad que salió en busca de una solución a sus problemas, se estremeció de pies a cabeza y casi se queda paralizada. -Será cierto lo que la gente del pueblo me ha dicho de este brujo, -pensó.

-Y, como si la de la voz dentro de la penumbra, adivinara su pensamiento, le dijo: “No tema”. “Pase usted”. -Aquí se quedarán solo sus problemas, usted regresará por la mañana: sana y salva.

-Y así fue: por la mañana, de ese día siguiente, se levantó con una sonrisa dibujada en su rostro, y sin recordar nada del día anterior.



Antoine de Rivarol

Antoine de Rivarol nació en 1753 en Bagnols-sur-Cèze, cerca de Aviñón. Su padre tuvo diversos oficios, su madre perteneció a la pequeña burguesía. Movido por sus deseos de prosperidad, Rivarol se apropiaría del título nobiliario de uno de sus parientes y, más tarde, se bautizaría a sí mismo como conde de Rivarol.

A pesar de ello, se convirtió en una figura habitual de los más famosos salones de París.

En ellos conoció a los grandes autores del momento, como Voltaire, quien le profesó cierta simpatía; fue, además, amigo de Chamfort, y, ya en el exilio, trató a Chateaubriand.

Aunque hoy sus obras más perdurables nos parecen, por su humor, penetración psicológica y claridad de expresión, los aforismos y «rivarolianas», tanto sus cartas abiertas como sus discursos, amén del Pequeño almanaque de nuestros grandes hombres o el Pequeño diccionario de los grandes hombres de la Revolución, tienen gran interés, y le granjearon en su día fama y una buena posición económica.

«Defensor del pueblo», según sus propias palabras, Rivarol puso en marcha diferentes publicaciones para propagar sus ideas, y prefirió exiliarse antes que someterse a los dictados de la Revolución, en cuyo futuro «burgués» no creyó nunca. Como tampoco en el papel de la nobleza francesa, a la que siempre detestó.

Murió en Berlín en 1801.

Marta Rebón

Orwell y 2024

En el último tramo de su vida George Orwell se refugió en una casa remota en una isla escocesa para escribir 1984, aun con la certeza de que todo libro es un fracaso. A lo sumo, uno puede aspirar a saber qué tipo de obra quiere escribir; el resto es imprevisible. Su traductor al ruso, Viktor Golishev, dice que mientras traducía esa novela “sentía que la enfermedad devoraba a Orwell” y que, por eso, “es una obra sobre la desintegración de la existencia”. El novelista y ensayista británico venía de publicar Rebelión en la granja, después de que varias editoriales la hubieran rechazado por encontrarla demasiado crítica con los soviéticos. Al fin y al cabo, eran aliados, y nadie quería importunar a Stalin ni a la opinión pública de izquierdas, que miraba para otro lado, a diferencia de Orwell. Este aseguraba que la debilidad de la izquierda fue “querer ser antifascista sin ser antitotalitaria”. Recién enviudado y consciente del deterioro de su salud, se resistía a morir mientras le quedaran libros por escribir. Su lúgubre distopía, la más popular del género, fue a la vez una brújula para tiempos oscuros y su último gesto de fraternidad. No es que 1984 describa la sociedad futura, pero sí algo parecido. Un dato: dos años después de que nos sacudiera la pandemia, la democracia en el mundo tiende a la baja. Sobre

por qué hay que leer hoy a Orwell hablamos en el CCCB este pasado lunes con el escritor Andréi Kureichik, que nos trajo a Barcelona testimonios de represaliados en Voces de la nueva Belarús, de la que se ofreció una muestra en una lectura dramatizada. Estuvimos de acuerdo en que la libertad es más frágil de lo que parece, que no puede darse por descontada ni siquiera en una democracia y que la destrucción de la veracidad mediante la propaganda es la antesala de la dominación. Precisamente hace unas semanas el régimen de Lukashenko decidió prohibir la venta de 1984. Al mismo tiempo, la portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, Maria Zajárova, declaró en rueda de prensa que la obra de Orwell era en realidad una crítica a Occidente: “Sois vosotros quienes vivís en un mundo de fantasía”.

Si algo ha puesto en claro la larga dictadura de Lukashenko o la guerra contra Ucrania es la importancia de la prensa libre e independiente, y que hay varias formas de neutralizarla. 1) Como Trump: desacreditar a toda la que no aplauda en bloque, sembrar la duda en todo, negar los hechos. (Por algo se dispararon las ventas de 1984 en Estados Unidos en el 2019). 2) Como Putin: además de lo anterior, un círculo próximo se adueña de



todos los canales privados, mientras que él controla los públicos y persigue a los independientes. 3) Como Orbán, un “depredador de la libertad de expresión” para Reporteros sin Fronteras, un híbrido de los dos anteriores. En la pasada convención de partidos conservadores celebrada en mayo bajo el lema “Dios, patria, familia”, el presidente húngaro desgranó el éxito de su partido en doce puntos. Entre ellos figuraba el de tener medios de comunicación propios.

Esta semana descubrí que la primera traducción de Rebelión en la granja, pocos meses después de su aparición, la publicó en Alemania un grupo de refugiados ucranianos. El joven traductor, Ihor Shevchenko, le pidió antes permiso por carta a Orwell: “Muchos de los refugiados son gente humilde que se opone a Stalin y a la explotación nacionalista rusa del pueblo ucraniano”. Emocionado por saberse leído entre esos expatriados,

cedió los derechos y les escribió, además, el único prólogo firmado por él, un texto cargado de sencillez y empatía. “Siempre nos había desconcertado -le dijo Shevchenko- la ingenuidad de Occidente respecto a la Unión Soviética. Nos preguntábamos si alguien sabía la verdad. Su libro fue la respuesta”.

En Las rosas de Orwell Rebecca Solnit subraya el interés del británico por las plantas. La fuerza intelectual la obtenía de lo concreto y lo tangible, de hundir las manos en la tierra y plantar semillas para que algo vivo nos trascienda. “Nuestra tarea es hacer que la vida en este planeta, que es lo único que tenemos, valga la pena ser vivida”, decía Orwell como dando una formulación del socialismo en el que creía. En Budapest, Orbán ha marcado el 2024 en el calendario con un círculo rojo: elecciones al Parlamento Europeo y a la Casa Blanca.

ad pedem literae

Los medios violentos nos darán una libertad violenta.

Mahatma Gandhi

Letras de buen humor

Existen dos maneras de ser feliz en esta vida, una es hacerse el idiota y la otra serlo

Sigmund Freud